



El frente de batalla necesita en la retaguardia de una moral fuerte, sólida. Si se ha logrado, en bien de la causa que defendemos, la unidad de mundo y la disciplina precisa en aquí, urge que en la retaguardia se imponga la austeridad, la moral de guerra que las circunstancias demandan.

PARA «EL PUEBLO»

AMIGOS DE RUSIA

Existe en España una Asociación de Amigos de la Unión Soviética; pero, entre nosotros, el número de amigos de Rusia es indudablemente más elevado que el que puede constar en el registro de la entidad aludida, que seguramente será muy crecido. Los amigos que Rusia tiene en España, son incontables; mejor dicho, son tantos como españoles haya dignos de este nombre.

Las grandes amistades no se forjan al calor de las palabras; surgen de los actos. La amistad no se fragua con palabras de amistad, sino con actos de amistad. En estas horas, tan graves y tan emocionadoras, España, agredida por el fascismo internacional, ha podido darse cuenta de la inconsistencia de tantas amistades, selladas con los más floridos tópicos, cuando en momentos de peligro de vida y de muerte se servía el postre más indigesto: el traidor. En España se había olvidado que la amistad no tiene su origen en el estómago, ni en el corazón, sino en la inteligencia.

Estos días de prueba. En el curso de estos días heroicos, han trascendido instituciones y hombres; se ha lanzado la sintonía de futuras cosechas; estamos cambiando todos mucho en la manera de pensar; han muerto viejas amistades y se han forjado otras nuevas. Todo esto no tiene nada de particular. Es la revolución, la auténtica, que no ha de traducirse en asesinatos ni en desmanes; que supone, sencillamente, un pensamiento nuevo y una nueva actitud frente a los hechos, cara a la vida.

Antes del 19 de Julio, Rusia asustaba a muchos españoles. Contra Rusia se ha hecho durante veinte años una formidable propaganda. Para el capitalismo occidental, Rusia era la nación maldita, la tierra en que el derecho no tenía existencia. El odio a Rusia se ha fomentado por todos los medios y con todos los recursos.

Y he aquí que España se encuentra en una encrucijada con el bandolerismo internacional. Unos generales felones, después de desarmarla, entregan a su patria al extranjero; el pueblo español, el Estado legítimamente constituido, ve cómo se le niega el derecho a la propia defensa, cómo, a pesar de su legitimidad, se le coloca en situación de inferioridad con relación a los generales sublevados. El Derecho Internacional, pisoteado a la vista del mundo; en el escenario de Europa, encuentra en este continente un solo defensor: Rusia.

Se ha dicho muchas veces que España es un pueblo de hidalgos. Es, sin duda, una gran verdad. Pero la hidalguía española hay que buscarla, no en las capas social y económicamente elevadas, sino en la masa, en el pueblo. España, pueblo de hidalgos. Cierto. Y por eso, el gesto hidalgo de Rusia ha conquistado, para siempre, la amistad española. El fascismo internacional, desconocedor de la psicología colectiva española, no ha podido prever la reacción de nuestro pueblo frente a sus desmanes. Actualmente, en España están contra el fascismo y contra los Estados que lo sostienen, muchas gentes a quienes la guerra civil ha hecho rectificar profundamente su pensamiento político. Y sienten una viva simpatía por Rusia muchos que ni son comunistas ni están en actitud de serlo.

Es inútil, pues, que se pretenda interponer entre España y Rusia el comunismo como un obstáculo para la buena amistad entre los dos pueblos. Porque, entre nosotros, para ser amigo de Rusia, no hace falta ser comunista: basta con ser español.

RAFAEL DE PENA.

Cómo se vive y cómo se sufre en la España sojuzgada por el fascismo

El conocido y prestigioso periodista E. Díaz Alejo, corresponsal para España de «La Dépêche», de Toulouse, ha escrito un interesante reportaje que ha tenido la amabilidad de ofrecer a los lectores de EL PUEBLO.

Mañana, publicaremos el primero de los tres artículos de la serie:

El escenario de España, número 1. — Sus colaboradores. — Un ejército nacionalista, sin nacionales. — Los fantasmas del mar.

¡CONOCE, AL FIN, ESPAÑA, HERMANOS DE AMÉRICA!

EL CASO DE PANAMA

No habían terminado mis conversaciones con los queridos compañeros americanos que vienen a buscar en el Gobierno de la República elementos que contribuyan a desenarcar el ambiente americano, en lo que se refiere a España. Quedaba un caso sangrante, entre tantos, que ya ha intentado remediar el Gobierno español, pero que continúa, por culpa de la vieja diplomacia, en un «estado quo» insostenible: el caso del Panamá. El ministro de Estado, en el paréntesis de su magna labor de Nación de criterio y defensa enconada de las libertades en Omebra, cuida de suplir las faltas de los representantes de España en el extranjero, con serenidad imperturbable. Pero, ¡qué ha de hacer cuando los gobiernos de algunos países americanos, vacilantes e hipócritas, siguen el curso de sus buenas relaciones con nuestra República, mientras los delegados de Burgos permanecen en sus locales plenipotenciarios, sin que aquellos gobiernos se atrevan a arrojarlos de ellos para que los ocupen los ministros y cónsules nombrados por el único Poder legítimo y respetable?

Son contados esos casos, por fortuna. Dos o tres, a lo sumo. El Panamá, uno de ellos, el más significativo. Acaban de facilitarme cierto documento que deben conocer los lectores de EL PUEBLO, aunque no sea más que en sus líneas y conceptos principales. Se trata de un acta de la Cámara Oficial Española de Comercio en el Panamá.

Las cámaras de comercio españolas en América son, generalmente, sospechosas, pero la de Panamá resulta un ejemplo de tradición insuperable. ¿Qué dice el documento? Pues, verán ustedes. Dice en su parte dispositiva, después de un preámbulo fascista, sin precedentes:

«En cumplimiento de lo que entendemos como un deber in-

cluidible de patriotismo, suscribimos los siguientes acuerdos: Primero: Ofrecer el concurso incondicional de esta Cámara al Gobierno nacionalista de Burgos, al que consideramos como el salvador de los más altos intereses morales y materiales de la patria. Segundo: Transcribir dicho acuerdo al mencionado Gobierno por conducto de su representante en esta República, el excoetnista señor don Juan de Aranzana y Ojinchilla. Tercero: Remitir una copia de la presente acta a todos los señores socios de esta Cámara. Oficial Española de Comercio de esta República.»

(Firman el acta los españoles A. Ferrer, Gervasio García, Gustavo Trias, Javier Morán, Francisco Horta, Jaime Cesanoya, José Sendi y Luis San Simón.)

Los intereses morales y materiales de que habla el documento, naturalmente, las cosas buenas, la santa usura, el derecho a los salarios mínimos, el chalaneo libre y la estrangulación sucesiva del pensamiento, en gracia al culto del oro y del señorío absolutista. Y... ¡vivan España y el hispanoamericanismo de plantilla!

El titulado representante de la Junta de Burgos, es un ministro enviado por la República en su día, y resultó un traidor, como la mayor parte de los diplomáticos que el nuevo Régimen había mantenido en su puesto caballerosamente, aun sabiendo que «en el momento» de ellos lo sentía, ni lo estimaba, ni era capaz de acatarlo.

Pero el Gobierno de Panamá empezó a hacer resbalar sus de-

dos en el panderero del equívoco. El, no tenía por qué reconocer a la Junta de Burgos; y, sin embargo, tampoco quería molestar al supuesto ministro de España mandándole mudara. De todo lo cual es infante que en el 21 de Octubre, fecha del acta que transcribimos, la Cámara de Comercio Española de Panamá se sublevaba en nombre del odio feudal, y el Gobierno de aquella República no se ha enterado, todavía, de tan baja acción, realizada nada menos que en complicidad con el que se llamaba, con audacia flamante, representante de España en Panamá.

Ya se irán subsanando semejantes enormidades. Pero conviene que nuestros hermanos de América vayan conociendo a la España de hoy, grande en su martirio, heroica en las trincheras, democrática en sus afanes, genial en la historia que se está escribiendo; y se enteren de que los poderes públicos del Régimen no sólo atienden a la guerra, que es hoy la primera preocupación y primer deber de todos los españoles, sino que va extendiendo hasta cubrir los lazos de la nueva diplomacia republicana, para que la independencia de nuestro pueblo luzca en los lugares más apartados de ella y su voz, tantas veces consagrada por Alvarez del Vayo, se oiga en donde debe oírse, haga mérito en las conciencias pusilánimes de los gobiernos bien aventurados con su comodidad y desmude en medio de la calle a los malditos hijos de España, cuyo destierro sería una gran cosa para nuestras propias libertades, si no pretendieran a toda costa convertirlo en una tertulia de difamaciones y de estupideces antiespañolas, torpemente disimulada con los intereses comerciales que bien pueden ser calificados, en ese caso, de intereses de unos cuantos descazados, sin sensibilidad ni corazón.

ARTURO MOEJ.

MADRID

Los aviones negros en la noche de luna

(De nuestro enviado especial)

Cada tiempo que no proyectaban su sombra negra sobre la ciudad heroica los aviones fascistas. A la luz del día, el combate les era siempre adverso. Los «chatos» — los cazas republicanos, blancos como palomas — son ligeros como el viento y surcan el espacio con celeridad asombrosa para perseguir, con rubia, con audacia y valentía a los que tienen preferencia — en nombre de qué cultura occidental? — por las víctimas inocentes. Los niños que duermen en sus camas, ajenas a la gran tragedia del país; las mujeres que llevan en sus almas el dolor de haber perdido a seres queridos; los ancianos, llenos de melancolía, que esperan la muerte con la dulzura de los que no tienen ya ilusiones.

Es la táctica tentona: producir el terror. Pero el terror injusto, inhumano, cobarde. Al margen de los objetivos militares, se busca la desmoralización de las retaguardias, la reacción del miedo, que es la huida. La protesta y el malestar; el escepticismo y la desesperación. En otros fenómenos psicológicos se basan los invasores para intentar los avances en oleadas.

Podría la moral de la población civil, ellos, los boches, esperan que se debilite la capacidad combativa de los crojos.

El cálculo, hasta hoy, ha fracasado. Madrid ha descubierto, en el fondo de su espíritu una grandeza heroica, de la que no nos damos cuenta los propios madrileños. Las reacciones, en los barbaos bombardeos, son la antítesis de lo que se traigan los generalotes nazis. Se afirma la voluntad de vencer, de combatir, de avanzar. Cada charco de sangre en el adoquinado de las calles; cada casa desmoronada, con estrépito de catástrofe; cada víctima inmolada al furor de la impotencia fascista, es un aliento más para resistir y una afirmación rotunda de las multitudes en el dilema espartano: o antes perecer que rendirse. Sin literatura. Con la sobria expresión de los que saben ser héroes sin vanidad.

La vida urbana no interrumpe su ritmo normal. Un ritmo adaptado a las necesidades de la guerra. No es despreocupación ni falta de sensibilidad; es convencimiento del deber — cumplido con estroica firmeza — de mostrarse serenos y fuertes para no perder el rango histórico que hoy tenemos en el mundo. Se comenta, ligeramente, los hechos. Y los hombres entregan sus energías con mayor entusiasmo para forjar la victoria definitiva.

El último bombardeo aéreo, con nocturnidad y alevosía, se esperaba después de las noticias recibidas del frente, por la tarde. Había habido una magnífica jornada republicana. Nuestros cazas derribaron siete aparatos rebeldes; nuestros soldados iniciaron una ofensiva triunfante. Por la noche había que pagar los réditos. Y los aviones negros volaron sobre Madrid tres veces, durante la noche...

Todos los fracasos engendran las venganzas cobardes.

El día — luminoso y azul — fue primaveral. Las gentes salieron a tomar el sol por las avenidas de los paseos públicos. Los pusilánimes miraban con frecuencia al cielo. Esperaban la visita de los trimotores negros con su corte de cazas. Pero no vinieron, entre otras razones, porque no pudieron romper el cerco que estableció, sobre el campo de batalla, nuestra armada aérea.

Y llegó la noche. Y con ella, las noticias halagüeñas del triunfo republicano. La ciudad estaba bajo el manto de plata de la luz de la luna. Silenciosa y tranquila. A merced de la vesania de unos enemigos derrotados, vengativos, biliosos y bárbaros. Las gentes dormían esperanzadas con las noticias del día.

De pronto sonó en el espacio el mosconeo revelador. Los traidores iban a cometer una nueva felonía. A romper el silencio con las explosiones formidables de sus bombas, a quebrar el sueño de los niños, de las mujeres y de los ancianos. Pronto se oían en las calles de-

adertas las campanas de las ambulancias de socorro. Y por las escaleras, a oscuras, a tientas, bajarían despeñados los vecinos a los sótanos, entre maldiciones y gritos; los ancianos con sus torpezas seniles, las mujeres con sus frases condenatorias, los niños con los ojos muy abiertos y una interrogación incoherente. Los hombres con los puños cerrados y los músculos tensos. Pero era una quela contra la trágica situación. Y en el silencio de la espera, el cerebro produce — con unanimidad absoluta — las mejores ideas antifascistas.

Seis bombas explotan con intervalos cortos. En seis casas de distintos barrios, el monstruo ha clavado sus garras. Al poco se alejan. Pero más tarde vuelven. Madrid se ha desvelado en esta hermosa noche de luna. Los aviones negros han roto el encanto romántico de la ciudad iluminada de claridad lunar. Pero todo se resiste, para hacernos dignos de los hombres que pelean en las márgenes del Jarama.

Se han vivido esta noche unas horas trágicas. No se plean en huir. Al amanecer, otra vez duermen los madrileños. Por la mañana, el general Miaja afirma: «Los rebeldes no han pisado ni picarán la carretera de Valencia.» He aquí la compensación del sacrificio civil. La muerte no importa si la victoria se logra. No importa el presente si se conquista el futuro. La fuerza continúa, a golpes de heroísmos callados. Porque un día tras otro, Madrid, se cubre de gloria. Sin darle demasiada importancia.

La guerra nos ha descubierto muchas cosas, entre ellas, que sin nuestro ejemplo, sin nuestro heroísmo, sin nuestra moral, no se hubiera iniciado la decadencia del fascismo internacional ni la democracia estaría convaliente de un peligro que la hará pronto impercedera. Don Quijote — ¡tan español! — ha roto su mejor lanza en favor de Europa. Sin pensar por un momento en pensar la cuenta. Nos basta con poder ser un pueblo libre, para que los demás conserven su libertad.

LAZARO SOMOZA SILVA.

Cómo funcionarán las sirenas de alarma

Al hacerse cargo la dirección general de Seguridad de los servicios de alarma en Valencia, ha tomado las siguientes medidas para la mejor orientación del vecindario cuando surjan peligros de bombardeo:

Primero. — El peligro de bombardeo se anunciará haciendo sonar las sirenas durante cinco minutos consecutivos.

Segundo. — Pasados esos minutos, y en tanto no vuelvan a oírse las sirenas, el silencio de éstas se entenderá como que la alarma se mantiene.

Tercero. — Desaparecido el peligro, las sirenas volverán a funcionar para anunciarlo así, y este segundo toque durará dos minutos.

También preocupe a la dirección general de Seguridad el peligro que ofrece el hecho de que el personal de tranvías, creyendo oír así mejor el peligro, paralice la circulación de los carruajes allí donde les sorprende la alarma. Llegando en ocasiones a formar masa compacta con ellos. Esto constituye un grave peligro, ya que es evidente que, bombardeada la población, los tranvías en la calle y en esas condiciones, ofrecen habil blanco. La gravedad aumenta en aquellas calles estrechas donde, por la proximidad de las vías con las casas, un incendio, que de otra manera no afectaría más que al tranvía mismo, puede extenderse a casas y edificios.

Juzgando elemental esta medida de previsión, el director general de Seguridad ha ordenado a sus agentes que en modo alguno permitan la parada de los tranvías en formación, seguro de que así se contribuye más eficazmente a salvaguardar al vecindario.

El Credo del Trabajo

La organización que pudiéramos decir pasada de la sociedad, hacia que el capitalismo convirtiera al trabajo fuente de todas las riquezas materiales en el orden económico, en un verdadero castigo, en un azote de pobres, de fracasados, de arruinados, de ignorantes.

Trabajo significa dolor, explotación, miseria; trabajo significa días negros, hambre, tiranía, y trabajo debe ser vida y libertad.

En las escuelas, cuna de la niñez, ninguna alusión se hacía al trabajo, como no fuera para referirse a la labor intelectual de los que estaban en condiciones de poder ingresar en una oficina o despacho oficial, fabril o comercial; la palabra trabajo estaba asociada a la idea del sufrir, del dolor y hasta se miraba a los alumnos obtusos de cerebro o pobres de fortuna como futuras víctimas del capitalismo embrutecedor y rampante cuya transformación no podía esperarse la realizara ninguno de los gobiernos de la monarquía.

La palabra trabajo, por la triste realidad, el pedagogo la tenía borrada en el diccionario escolar, tal vez porque contemplaba en los esqueletos hijos de los proletarios asolarados la deplorable encarnación de algo terrible, inhumano y que sancionaba una sociedad injusta, egoísta, desigual, metalizada.

Si la intención del profesor por humana fue callada, hoy, en la República, resultaría mucho imbuir en el cerebro de los alumnos, de los hijos del pobre como del rico, la definición de lo que es, o debe ser ineludible: la contribución muscular o intelectual, que es lo mismo, de todos los miembros que forman parte de una colectividad.

Y a este respecto, entiendo que en la escuela debiera ofrecerse a los educandos el Credo al trabajo, en los siguientes términos:

«Creo en el trabajo todopoderoso, creador de la honra, del bienestar y del consuelo; de los beneficios que de él emanan, pues fue concebido por obra de la moral. Nació de la necesidad que el ser humano ha tenido, al venir al mundo, para cumplir su misión.

«Ha padecido por el poder de los vicios y fue crucificado por la adversidad; mas no ha muerto, porque los pueblos civiles y honrados

«Por la Revolución»

Con este título va a editarse un libro recopilación de cuarenta artículos de Aznar Pellicer, a petición de incontables ocellignarios y lectores de EL PUEBLO.

Esta edición tiene el carácter de homenaje a quien, como Director de EL PUEBLO, supo darle su tónica revolucionaria de otros tiempos y por su valiente y acertada campaña para encauzar y dignificar la Revolución.

Pero Aznar Pellicer se ha opuesto a recibir el libro costeado por el Partido ni por los amigos, ni a que se ocasiona la menor molestia que pueda distraer de atenciones más sagradas; y si bien acepta el homenaje, quiere que esté exento de coacciones en las que pudieran caer aquellos que sólo «por disciplina», contribuyeran y para ello limitará la tirada a los ejemplares que se pidan por suscripción y los que se alcance por los beneficios de ésta.

«Por la Revolución», constituirá un tomo del volumen de los de cinco pesetas, siendo para los suscriptores-editores, a cuatro pesetas ejemplar.

Los encargos deben hacerse inmediatamente, remitiendo el importe directamente a don José Aznar Pellicer, Colón, 54, o a la Administración de EL PUEBLO.

Molotov, contesta al telegrama del jefe del Gobierno español

El presidente del Consejo de ministros, camarada Largo Caballero, ha recibido el siguiente telegrama en contestación al suyo de pesame por la muerte del comisario de las industrias pesadas:

«El Gobierno de la U. R. S. S. expresa su profundo reconocimiento por vuestras sinceras palabras de dolor con ocasión de la muerte de Ordjonikidze, que siempre estuvo, lo mismo que todo el pueblo del país de los Soviets, con toda su ardiente alma de bolchevique, al lado del heroico pueblo antifascista de España que lucha por su libertad y en cuya próxima victoria cree firmemente. — V. Molotov.»

Los obreros suecos y la ayuda al pueblo español

ESTOCOLMO. — LA FEDERACIÓN DE SINDICATOS OBREROS HA DIRIGIDO UN LLAMAMIENTO A TODOS LOS OBREROS DE SUECIA PARA QUE HAGAN ENTREGA, PARA ENGROSAR EL FONDO DE SOLIDARIDAD PARA AYUDA DEL PUEBLO ESPAÑOL DEL IMPORTE DE UNA HORA DE TRABAJO

El día — luminoso y azul — fue primaveral. Las gentes salieron a tomar el sol por las avenidas de los paseos públicos. Los pusilánimes miraban con frecuencia al cielo. Esperaban la visita de los trimotores negros con su corte de cazas. Pero no vinieron, entre otras razones, porque no pudieron romper el cerco que estableció, sobre el campo de batalla, nuestra armada aérea.

Y llegó la noche. Y con ella, las noticias halagüeñas del triunfo republicano. La ciudad estaba bajo el manto de plata de la luz de la luna. Silenciosa y tranquila. A merced de la vesania de unos enemigos derrotados, vengativos, biliosos y bárbaros. Las gentes dormían esperanzadas con las noticias del día.

De pronto sonó en el espacio el mosconeo revelador. Los traidores iban a cometer una nueva felonía. A romper el silencio con las explosiones formidables de sus bombas, a quebrar el sueño de los niños, de las mujeres y de los ancianos. Pronto se oían en las calles de-

Todos los fracasos engendran las venganzas cobardes.

El día — luminoso y azul — fue primaveral. Las gentes salieron a tomar el sol por las avenidas de los paseos públicos. Los pusilánimes miraban con frecuencia al cielo. Esperaban la visita de los trimotores negros con su corte de cazas. Pero no vinieron, entre otras razones, porque no pudieron romper el cerco que estableció, sobre el campo de batalla, nuestra armada aérea.

Y llegó la noche. Y con ella, las noticias halagüeñas del triunfo republicano. La ciudad estaba bajo el manto de plata de la luz de la luna. Silenciosa y tranquila. A merced de la vesania de unos enemigos derrotados, vengativos, biliosos y bárbaros. Las gentes dormían esperanzadas con las noticias del día.

De pronto sonó en el espacio el mosconeo revelador. Los traidores iban a cometer una nueva felonía. A romper el silencio con las explosiones formidables de sus bombas, a quebrar el sueño de los niños, de las mujeres y de los ancianos. Pronto se oían en las calles de-

Rosendo Martínez Pérez

FALLECIO AYER A LAS DOCE HORAS

Sus desconsolados viuda Asunción Campos Soler, madre, hermanas, hermanos políticos y demás familia, comunican a sus amistades tan sensible pérdida y les ruegan asistan al entierro del cadáver, que se verificará hoy, a las once, desde la Avenida de la República, P. M. (Torrente), al sitio de costumbre.